

No es fácil crear un pequeño mundo. La vida envuelve al hombre; difícilmente se deja captar por él. Se resiste como una endemoniada a que este hombre la redondee y la encierre en un volumen. Por eso, y contra lo que suele creerse, nadie es novelista sin una buena dosis de esfuerzo. No basta con hallarse dotado; hay que saber el arduo oficio y entre los numerosos obstáculos que deben ser vencidos, el mayor escollo es, sin duda la propia persona del novelista. Es preciso asomarse a la ventana y contemplar cómo pasa la vida, fundirla con la experiencia propia, mezclar en todo ello la fantasía, y luego arquitecturar, dar una forma sólida y eficaz a ese pequeño caos donde hierve una vida irreal y auténtica a la vez.

Un español hizo esto asombrosamente. Todo el mundo conoce a este novelista. Lo conocen los japoneses, los rusos, los egipcios... Dickens, Dostoyevski, Balzac. Todos los grandes creadores literarios consideraron la novela de ese español como lo más importante que en el género habían producido los siglos. Y, por tener a Cervantes, los novelistas hispanos han padecido una desvalorización en la feria de la fama internacional. Aunque Valera, Galdós, Palacio Valdés y otros fueron traducidos con buen éxito en muchos países, fué preciso llegar a un Blasco Ibáñez, cultivador de temas que interesaban al nivel fácil del lector mundial, para que sus novelas conocieran una difusión internacional sólo comparable a la alcanzada luego por Somerset Maugham. El novelista español ha solido basar su arte en la belleza de la prosa, y esta grandeza ha sido precisamente su limitación. Un Valle-Inclán, por ejemplo, debe ser leído en español si no ha de perderse gran parte de su calidad literaria. En cambio, Galdós ocupa, en la fértil novelística europea del siglo XIX, uno de los lugares más importantes; es decir, como creador de personajes con un relieve tan humano que pueden ser comprendidos, amados u odiados en cualquier rincón del mundo.

Ahora, desde la atalaya ocasional de 1948, veremos qué aspecto ofrece la novelística española «en activo». La primera consideración que se me presenta es la confirmación de mi creencia en la perfectibilidad de la novela. Este es un género artístico que progresa constantemente. La pintura y la escultura han dado en siglos pasados muestras tan acabadas que nos hacen pensar en la inutilidad de los esfuerzos para superarlas. Y, dentro de la literatura, la poesía ha alcanzado alturas insuperables. Podrá escribirse un nuevo soneto admirable, podrá variar el tono y el contenido, pero siempre nos será posible hallar en el pasado otro soneto tan admirable como ese. La novela, en cambio, mejora indefinidamente en eficacia artística; es decir, sus recursos técnicos logran darnos, cada día mejor, el mágico espejismo de vida.

LOS DOS VENERABLES MAESTROS

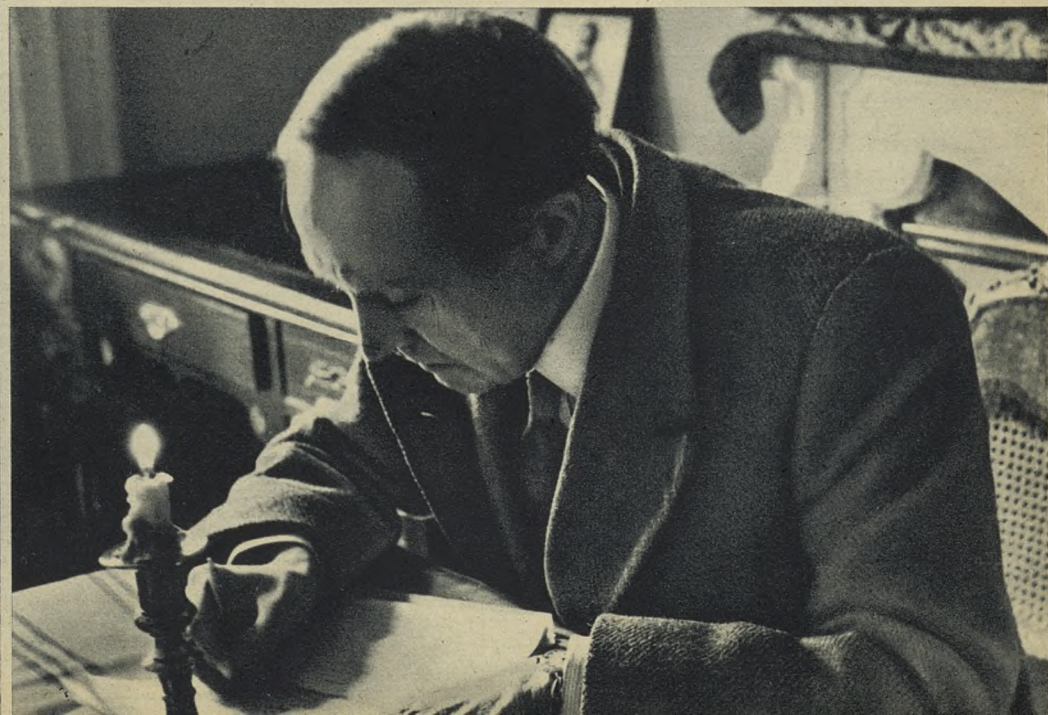
De la extraordinaria generación del 98, queda la antitética pareja Azorín-Baroja. Pío Baroja, incansable, más lúcido que nunca y, sobre todo, fiel a sí mismo, continúa, literariamente, sin «casarse con nadie». Es el narrador puro, el escritor que está siempre contando algo que le ha pasado a alguien. Para él solamente hay «tipos». Cierta día, encontrándome yo en su casa, una señora que fué a visitarlo le habló de Cestona, el pueblo donde Baroja había estado de médico en su juventud. «En Cestona ya no hay tipos»... dijo, pensativo, el novelista. Y en cuanto a su estilo, calificado a la ligera de «descuidado», debo transcribir estas palabras que le oí: «Yo quisiera que el idioma fuera como la tela de un traje, para poder adaptarlo perfectamente a lo que deseo expresar. El verdadero escritor tiene que luchar angustiosamente contra la insuficiencia idiomática, no ya la suga, sino la del idioma mismo, pues, dígame lo que se diga, nunca bastan las palabras para lo que uno quiere expresar con exactitud.» Baroja lleva una vida retirada, escribe mucho y recibe con gran afabilidad a cuantos desean hablar con él. Su obra novelística es personalísima, no sólo por su inconfundible prosa, desnuda y directa, sino por su manera de conducir a los personajes y de pintar los ambientes. Don Pío ha exaltado la acción en sus novelas, la acción que él no ha cultivado en su sedentaria vida. Pero su fantasía novelesca es de primera calidad, y eso tiene más importancia para un novelista que el ser un trotamundos. Baroja lo ve todo cubierto con una leve capa de misterio. Su libro más reciente se titula «Los enigmáticos», y, a la vez, ha



PÍO BAROJA, SIEMPRE CON SU BOÍNA VASCA, EN SU CASA DE MADRID. BAROJA TRABAJA AHORA INTENSAMENTE, COMO EN SUS AÑOS JUVENILES. ABAJO: «AZORÍN», EL ESCRITOR QUE INALTERABLEMENTE SE ACUESTA A LAS OCHO DE LA TARDE Y SE LEVANTA A LAS CUATRO DE LA MAÑANA PARA TRABAJAR A LA LUZ DE UNA VELA Y CON EL ABRIGO PUESTO.

aparecido el tomo quinto de sus Memorias titulado «La intuición y el estilo». El admirable vasco es hoy un venerable estímulo para la joven generación de novelistas. Su manera ha sido imitada por muchos, pero quizá haya desorientado a algunos el concepto barojiano de la acción. Los personajes de don Pío no son propiamente hombres de acción al estilo, por ejemplo, de la moderna novela norteamericana. Son más bien hombres que hablan nerviosamente sobre la vida activa y sobre numerosos temas especulativos. Además, y como las criaturas de Galdós, es gente que encarna a una época; por una parte, época no vivida por el autor (las guerras carlistas, Aviraneta); por otra, el tiempo que el autor conoció (anarquistas, bohemios, conspiradores, teorizantes de café).

Una vez quise celebrar una entrevista con Baroja y Azorín conjuntamente. «¿Los dos?», me dijo don Pío. «Yo creo que no tiene objeto. Azorín está siempre callado. Tendría que hablar yo solo. Ya me ha ocurrido, estando él y yo en alguna reunión donde había señoritas, sentirme molesto porque Azorín se concentraba en su silencio y yo me esforzaba en sostener la conversación pues me daba cuenta de que las muchachas estaban pensando que éramos unos sosos». «¿Cómo conoció Vd. a Azorín?», le pregunté. «Cuando publiqué «Vidas Sombrías», me dijo». Fué en 1900. Como Azorín es un hombre de gran generosidad, leyó el libro con mucho interés y le escribió al editor pidiéndole datos míos. Luego, nos conocíamos ya de vista, hasta que un día nos cruzamos ambos por el Paseo de Recoletos, y me dijo: «Us-





De la generación siguiente, señalemos las revelantes figuras literarias de Ramón Pérez de Ayala, Concha Espina, W. Fernández Florez, Benjamín Jarnés, Ramón Gómez de la Serna, Miguel Llor, Tomás Borrás...

El arte novelístico de Pérez de Ayala (n. en Oviedo, 1880) se basa en el máximo aprovechamiento de un trozo de realidad, explotándolo en profundidad como el rico filón de una mina. «Dondequiera que se os de un trozo de realidad verdadera, pensad que propiamente se os da la realidad toda, pensad como que han colocado en vuestras manos el centro del infinito». Las novelas de Pérez de Ayala —«La pata de la rapsoda», «Tigre Juan», «Belarmino y Apolonio», «Luna de miel, luna de hiel», «El curandero de su honra»— están minuciosamente cinceladas; nada se deja en ellas a la espontaneidad del relato. Este magnífico escritor es, ante todo, un artista, cuyo material humano ha sido elaborado intelectualmente.

Concha Espina (n. en Santander, 1879), que a pesar de sus ojos ciegos sigue trabajando con tesón admirable, ha supeditado sus novelas a los principios morales. Sus obras son equilibradas y sus objetivos espirituales no las hacen caer en la gazmoñería. Ultimamente, la auto-



RAMÓN PÉREZ DE AYALA (EN EL CENTRO) CON D. JACINTO BENAVENTE Y LA RECIENTEMENTE FALLECIDA D<sup>a</sup> MARÍA DE MAEZTU.—A LA DERECHA, LA ILUSTRE NOVELISTA CONCHA ESPINA, Y ABAJO, LA SILUETA DEL GRAN HUMORISTA WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ.

ted es Pío Baroja». Se lo confirmé. «Pues yo soy Martínez Ruiz», añadió. No nos hemos tratado mucho porque Azorín siempre llevó una vida muy retraída.

En efecto, José Martínez Ruiz, cuyo seudónimo «Azorín» es ya para todos su nombre, a sus setenta y cinco años —medio menos que Baroja— es un monje de las letras. En su juventud, fué dinamita con su «charivari» y luego con su teatro. Pero el callado e inagotable caudal azoriniano había de transcurrir por cauces de calma y de íntima devoción al estilo. «Para mí el estilo», le oí decir un día, «no es problema de forma, sino de vida. El estilo debe reflejar la vida interior». La prosa de Azorín ha llegado a convertirse en cristal. Su elíptica pureza se presta a ser falsificada por los imitadores, pero nunca servirá a otro dueño. Bien podemos decir que el estilo de Azorín es Azorín mismo. ¿Qué es para él la novela? ¿Cómo la entiende el autor de «La Voluntad», «Antonio Azorín», «Don Juan», «Félix Vargas», «Capricho», «La Isla sin aurora»? El mismo va a decirnoslo: «Ante todo, no debe haber fábula; la vida no tiene fábula; es diversa, multiforme, ondulante, contradictoria...; todo, menos simétrica, geométrica, rígida, como aparece en las novelas... Y por eso, los Goncourt, que son los que, a mi entender, se han acercado más al «desideratum», no dan «una vida», sino fragmentos, sensaciones separadas... Y así, el personaje, entre dos de esos fragmentos, hará su vida habitual, que no importa al artista, y éste no se verá forzado, como en la novela del antiguo régimen, a contarnos tilde por tilde, desde por la mañana hasta por la noche, las obras y milagros de su protagonista... cosa absurda, puesto que, «toda» la vida, no se puede encajar en un volumen, y bastante hacemos si damos diez, veinte, cuarenta sensaciones...»

Este punto de vista del ilustre maestro, es muy discutible, puesto que, «toda» novela, desde la más clásica hasta la impresionista de los Goncourt —que no se parece gran cosa a la novela azoriniana— prescinde irremediablemente de la mayor parte de la vida de los protagonistas. Pero esa opinión de Azorín nos revela su credo estético: él, es un gran pintor literario de momentos; el hombre, el paisaje y hasta la misma acción se le presentan inmóviles y en artística posición. De ahí, que sus libros novelescos, de limpia belleza, constituyan una categoría especialísima al margen del género propiamente dicho.



ra de «Altar mayor» y «La esfinge maragata», ha publicado varios libros de ensayos biográficos y relatos, dominando en todos ellos un elevado sentido poético.

W. Fernández Flórez (n. en Zaragoza, 1888), que alrededor de 1930 influyó notablemente en la juventud literaria, ha regresado hace poco a España. Su estado de salud, desgraciadamente, no le permite escribir por ahora. Sus libros «El profesor inútil», «Paula y Paulita», «Teoría del zumbel», «Viviana y Merlin» representan en España el esteticismo novelesco-poético que privó en la literatura europea durante la anterior post-guerra. Pero en su calidad hay un brillantísimo tono español y un idioma bellísimo.

Ramón Gómez de la Serna (n. en 1891), ha escrito muchas novelas, pero su manera personalísima y la inmensa cantidad de metáforas deslumbrantes, incontenible avalancha de un ingenio fertilísimo, separan demasiado a estas obras —las últimas editadas en España son: «Rebeca» y «Cuentos de Fin de Año»— de la verdadera esencia y finalidad de género novelístico.

En Cataluña, Miguel Llor, delicado y profundo novelista, merece ocupar un puesto destacado entre los más jóvenes de esa generación con «Laura». Ahora escribe una extensa novela, «Juego de niños», en la que se refleja minuciosamente la vida del Ochocientos.





RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, HOY EN BUENOS AIRES, APARECE AQUÍ CON SU PIPA «POMBIANA». BENJAMÍN JARNÉS, DE NUEVO EN ESPAÑA, ACOMPAÑADO DE SU ESPOSA, DESCANSA EN SU CASA DE MADRID; PRONTO, UNA EDITORIAL DE BARCELONA LANZARÁ UNA INÉDITA NOVELA SUYA

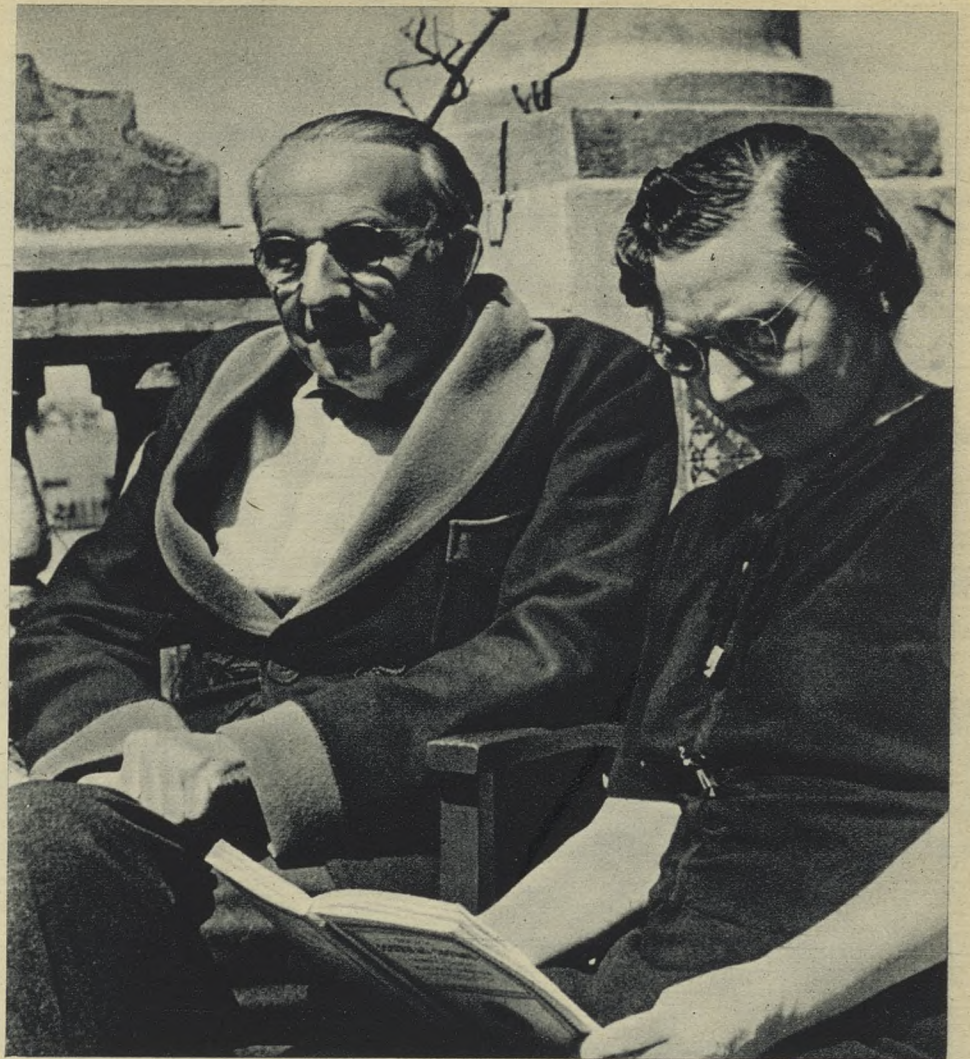
Entre los autores de cuentos, debemos citar a Tomás Borrás, que ha cultivado este género con gusto y acierto («Casi verdad, casi mentira», «Diez risas y mil sonrisas», «Cuentos con cielo», «Cuentacuentos»), y en la novela humorística, Enrique Jardiel Poncela posee una marca de originalidad.

El autor de «Marcos Villarí» —novela que despertó gran interés en la época, ya lejana, de su publicación, y que ahora ha obtenido una excelente acogida al ser traducida en Inglaterra— es, a su vez, un protagonista de novela. La vida del catalán Bartolomé Soler explica su obra. Desde los catorce años anduvo por el mundo ganándose el sustento a brazo partido. Soler ha desempeñado las más diversas profesiones, pero, sin duda, ha nacido para ser novelista. Sus libros, en los que respiramos amplios horizontes y ambientes nuevos, poseen una fuerte vibración idiomática. Su prosa es recia y castiza, habiendo perdido ampulosidad en las últimas novelas, «Karú-Kinká» y «La llanura muerta». Bartolomé Soler nos cuenta vidas en duras luchas con el medio y las violentas pasiones de sus personajes parecen explicadas por la misma despiadada condición de la Naturaleza.

## LOS PREMIOS DE NOVELA

Aparte de los premios oficiales literarios, existe desde hace cuatro años en España un concurso de novelas organizado por el semanario «Destino»: el premio «Eugenio Nadal», que fue concedido el primer año (1944) a la entonces desconocida Carmen Laforet, cuya novela «Nada» se ha hecho universalmente famosa en poco tiempo. El Premio Nadal tiene el sabor y la gracia del Premio Goncourt, de tan ilustre abolengo en las letras francesas, pero, a diferencia de éste, las novelas presentadas han de ser inéditas. El importe del Premio es de 25.000 pesetas y el mínimo de texto es de 200 folios, mecanografiados a doble espacio. El jurado—compuesto por los señores Agustí, Masoliver, Vergés, Teixidor, Vázquez-Zamora y Néstor Luján como suplente—llega a la elección del premiado por cinco eliminatorias. La votación se realiza el 6 de enero de cada año en Barcelona, y el plazo de presentación de los originales termina el 1.º de noviembre. Este concurso ha logrado promover un extraordinario interés por la novela española y ha sacado a la luz valores nuevos en ese género literario. Han obtenido el Nadal, después de «Nada», las novelas «La luna ha entrado en casa», de José Félix Tapia; «Un hombre», de J. María Gironella, y «La sombra del ciprés es alargada», de Miguel Delibes, obras de muy distinto mérito literario, pero que revelan en todos los casos unos originales temperamentos de novelista. Además, los autores que siguen en votación a los premiados son editados con positivo éxito, produciéndose luego en el público una especie de plebiscito de lectura, y apasionándose cada lector por el resultado del concurso al leer las obras premiadas y las finalistas. Así se han dado a conocer García Pavón («Cerca de Oviedo»); Alvarez Blázquez («En el pueblo hay caras nuevas»); Eulalia Galvariato («Cinco sombras»); Rosa María Cajal («Juan Risco»), y Ana María Matute («Los Abel»).

Otro premio literario recién creado es el «Internacional», del editor José Janés. Pueden concurrir novelistas de todo el mundo. Consiste en 25.000 pesetas, y, si el premio no recae en un escritor español, se concede otro segundo premio de 10.000 pesetas a la mejor primera novela de autor español. Este primer año ha sido concedido al escritor uruguayo Rodolfo L. Fonseca, por su primera novela



«Turris Ebúrnea», y el segundo a un joven español, Francisco González Ledesma, por sus novelas «Sombras Viejas».

## LOS NUEVOS

Donde mejor podemos observar la evolución de la moderna novelística española es en la constelación que empezó a brillar después de la guerra civil. Algunos, como Ledesma Miranda o Zunzunegui, habían publicado ya novelas anteriormente, pero los incluimos aquí porque están proyectados hacia el futuro, como si dijéramos. Ledesma Miranda (nació en Madrid, 1901) produce ahora poco en la ficción, ya que el ensayismo literario y sus tareas periodísticas le quitan mucho tiempo, pero la densidad humana y la extraordinaria prosa de «Almudena, historia de viejos personajes» nos hacen esperar mucho de este novelista, que recibió tan entusiastas elogios por parte de Unamuno, Maeztu, Murañón... Ledesma Miranda es, además, uno de los pocos novelistas que poseen una extensísima cultura.

Juan Antonio Zunzunegui (nació en Portugalete, en la ría de Bilbao, en 1901) ha publicado en estos años varias novelas: «Cuentos y patrañas de mi ría» (tres series), «El Chipli-chandler», «¡Ay, estos hijos!», «El barco de la muerte» y «La quiebra». Zunzunegui es un revolucionario del idioma. Su deseo sería tener un nuevo lenguaje formado con las palabras que a él le resultan eficaces novelísticamente. Convencido de la inutilidad de su afán, ha simplificado su vocabulario hasta llegar en «La quiebra» a una prosa original, pero sin excentricidad. El mismo arte narrativo de Zunzunegui busca también nuevos caminos. Desenfadado, humor y escapes poéticos al servicio de asuntos en que lo humano nos presenta sus facetas más reales. O sea, una personal interpretación del llamado «realismo mágico». Zunzunegui es un novelista muy considerable.

Ignacio Agustí (nació en 1913 cerca de Barcelona) con «Mariona Rebull» y «El viudo, Rius»—los dos primeros tomos de la serie «La ceniza fue árbol»—ha conseguido, muy justamente, uno de los mayores éxitos literarios que se hayan conocido en España. Su mundo novelesco—medio siglo de Barcelona y un grupo de personajes representativo de las diferentes clases de la sociedad catalana—ha sido arquitecturado con tal maestría que el lector encuentra en él esa indefinible atracción que ejerce la llamada «novela redonda». Además, en Agustí los elementos locales nada perjudican a la difusión en otros ambientes; al contrario, la favorecen por lo que contienen de universal. Ignacio Agustí no escribe alegremente; trabaja sus novelas seria y reposadamente, como buen artífice. Los seres creados por él tienen una impresionante vida. Así, se hacen populares porque existen.

Las novelas de Agustí han sido vertidas a varios idiomas.

Camilo José Cela (nació en Iria-Flavia, aldea de La Coruña, en 1916) es el estupendo «enfant terrible» de la nueva literatura española. Es pintor, actor cinematográfico, torero, novelista... Pero no le toméis en serio ninguna otra de sus actividades: él es un novelista. Por eso se ha inventado esos personajes de sí mismo, y un día quiere convencernos de que su pintura revolucionará al mundo, y otro día nos invita a Cebreros para que veamos su «inimitable» arte taurómico. Cela es el escritor joven que empezó a difundir entre nosotros la llamada «literatura fuerte». Su complacencia en los temas sangrientos («La familia de Pascual Duarte»), morbosos («Pabellón de reposo») o del hampa

EL «PREMIO NADAL» SE DISCUTE Y SE OTORGA DURANTE UNA CENA EN LA NOCHE DEL 6 DE ENERO DE CADA AÑO, EN UN CAFÉ DE BARCELONA. HE AQUÍ EL JURADO: DE IZQUIERDA A DERECHA, NÉSTOR LUJÁN, JOSÉ VERGÉS, VÁZQUEZ-ZAMORA, IGNACIO AGUSTÍ Y JUAN TEIXIDOR







ARRIBA, DE IZQUIERDA A DERECHA, JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI, BARTOLOMÉ SOLER E IGNACIO AGUSTÍ.—ABAJO, CARMEN

LAFORET CON EL DIRECTOR DE «CINE» EDGAR NEVILLE Y EL CRÍTICO VÁZQUEZ-ZAMORA, DURANTE EL RODAJE DE LA PELÍCULA

«NADA», HECHA SOBRE LA FAMOSA NOVELA. PARA FINAL, CAMILO JOSÉ CELA, A QUIEN HACE UNOS MESES LE DABA POR LA PINTURA

(«Nuevo Lazarillo») le sitúa muy dentro de las nuevas tendencias tenebrosas de la literatura europea y norteamericana. Sin embargo, en Cela no hubo imitación alguna; fué su temperamento el que le condujo la pluma; su último libro «Viaje a la Alcarria», es, a mi juicio, la mejor de sus obras. No es una novela, pero en esas páginas de viajes descubrimos al novelista en constante perfeccionamiento. «La familia de Pascual Duarte» ha sido traducida al italiano, portugués, inglés, francés, sueco...

Carmen Laforet, que tiene ahora unos veintiséis años y es canaria, no ha vuelto a escribir ninguna novela después de su resonante éxito con «Nada». Se casó poco después de publicada esta novela y hoy se dedica a su hogar. No deja de interesarse por la literatura, pero no interviene activamente en ella. En realidad, Carmen Laforet nunca hizo «vida literaria», con lo que demostró poseer un gran talento. Su libro brotó de ella con la incontenible fuerza de lo irremediable. En las páginas de «Nada» hallamos un verdadero símbolo de la angustia del mundo actual. Esta novela se ha traducido en muchos países. En su viaje a España, D. Enrique Larreta la ha elogiado con entusiasmo.

Sebastián Juan Arbó, que escribe en catalán y castellano, vigoroso narrador, captador de las más dramáticas circunstancias del humano destino, escritor para quien el ruralismo es una fragua de pasiones y en cuyas novelas nos asomamos a profundos abismos psicológicos, es una de las primeras figuras de la generación actual. Su última novela, hasta ahora, es «Tino Costa».

Entre los novelistas cuyos nombres han sonado en estos últimos años, no debemos olvidar los nombres de Torrente Ballester, Pedro Álvarez, García Suárez, Juan Antonio Cabezas, García Serrano, Pedro Caba, Pedro Blanco del Pueyo, Rafael Narbona, Eugenia Serrano, Carlos de Santiago, Martínez Barbeito, Adolfo Lizón, Marcial Suárez, Rafael Bautista Moreno, Eusebio García Luengo, Mercedes Ballesteros, Félix Ayala Viguera, Eloy Robusté, Lorenzo Garza, Alvaro de Laiglesia, Pedro Álvarez Fernández... En la novela corta y el cuento han destacado Alfredo Marquerie, Sánchez Silva y Joaquín de Castro, cuyos relatos «Luz de

niebla» y «Jugando a jugar», del libro «Historias sin amor de hombre», le han situado entre los primeros cultivadores del género.

Manuel Pombo Angulo, reprimiendo el aspecto documental de «La juventud no vuelve» y el lirismo de «En la orilla», ha obtenido recientemente una gran acogida con «Hospital General», novela en que muchas vidas, ligadas por el dolor y el deseo, giran en torno a una idea central de comprensión y de resignada aceptación del destino.

No me he ocupado de las novelas de José María Pemán, Martínez Kleiser, González Anaya, Carmen de Icaza, Cecilio Benítez de Castro, Agustín de Foxá, Vicente Escrivá, Bonmati de Codecido, Edgar Neville, Elisabeth Mulder, Noel Clarasó, Manuel Iribarren, González Ruano, Manuel Halcón... Este pequeño ensayo se habría hecho interminable si hubiera tratado de colocar a cada uno en su sitio.

Lo importante es que la novelística española está adquiriendo una gran amplitud de temas y de estilos, que el público se interesa cada día más seriamente por los jóvenes narradores y que las novelas españolas que logran difusión la consiguen mucho mayor que las extranjeras. Nunca se habían alcanzado en España cifras tan elevadas de venta en tan breve tiempo con novelas escritas por españoles.

Nótase una marcadísima tendencia «tremendista» en una gran parte de la joven novela hispana. Esa tendencia, semejante a la «literatura negra» o tenebrista, dominante hoy en el mundo (existencialismo, ingleses como Graham Greene o F. L. Green, novelas de post-guerra, los norteamericanos Faulkner, Steinbeck, Caldwell o Hemingway) desarrolla asuntos novelescos de una crudeza y de un desesperado dramatismo, que sobrecoge el ánimo del lector. Pero ese tono agrio lo da la época trágica que vive el mundo. No ha habido influencias directas, sino coexistencia en una misma atmósfera mundial. Sin embargo, la novela española no abandona el espiritualismo y el acento poético que alimentaron siempre al pensamiento hispano.

